

HACIA UNA EPISTEMOLOGÍA CRÍTICA DEL NEOLIBERALISMO AUTORITARIO: N. FRASER, M. COOPER Y W. BROWN EN DISCUSIÓN

ESPACIO ABIERTO

LUCÍA WEGELIN - luciawegelin@gmail.com

Centro Cultural de la Cooperación, Universidad de Buenos Aires, Universidad Nacional de Tres de Febrero

MICAELA BELÉN ALQUEZAR - micaela.alquezar@gmail.com

Universidad de Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales, Instituto de Investigaciones Gino Germani

FECHA DE RECEPCIÓN: 22-3-2021

FECHA DE ACEPTACIÓN: 12-4-2021

Resumen

Ante la creciente presencia de la extrema derecha en el escenario político internacional, en este trabajo nos proponemos reconstruir las perspectivas críticas desde las cuales Nancy Fraser, Melinda Cooper y Wendy Brown interpretan este fenómeno. Se busca aquí elaborar una discusión sobre los términos para pensar la relación entre autoritarismo y neoliberalismo a partir de las diversas respuestas que las autoras dan de acuerdo con los fenómenos que observan y la perspectiva epistemológica desde la que producen. Así, nos abocaremos a analizar cómo Fraser piensa al neoliberalismo autoritario en términos de crisis de hegemonía y cómo Cooper reconstruye históricamente una convergencia valorativa entre el proyecto neoconservador y el neoliberalismo, para luego desplegar la perspectiva de Brown, quien viene estudiando una relación de inherencia entre la racionalidad neoliberal y los procesos de des-democratización pero también contempla en el gobierno de Trump una articulación política novedosa.

Palabras clave: Neoliberalismo, autoritarismo, extrema derecha, moral conservadora.

430

TOWARDS A CRITICAL EPISTEMOLOGY OF AUTHORITARIAN NEOLIBERALISM: N. FRASER, M. COOPER AND W. BROWN DISCUSSED

Abstract

Considering the increasing presence that the far-right has achieved on the international political scene, this article aims to reconstruct the critical perspectives from which Nancy Fraser, Melinda Cooper and Wendy Brown interpret this phenomenon. Our goal is to discuss over their terms, in order to think about the relation between authoritarianism and neoliberalism, taking into consideration the different ways in which the authors answer this question, which are shaped by the specific phenomena they observe and the epistemological view on which they stand. Therefore, we will analyze how Fraser thinks of authoritarian neoliberalism as a hegemony crisis, and how Cooper reconstructs historically the moral convergence between the neoconservative project and neoliberalism, so that we can then work with Brown's perspective, who has studied the inherent relation between neoliberal rationality and de-democratization processes, but also views a novel political articulation in Trump's government.

Key words: Neoliberalism, authoritarianism, far right, conservative moral.

1. ¿Inherencia, convergencia o reacción?

El crecimiento de la extrema derecha es un fenómeno que se registra con variaciones temporo-espaciales en el mundo capitalista neoliberal. Manifestaciones populares, triunfos electorales y discursos de líderes políticos se identifican con contenidos misóginos, xenófobos, clasistas y violentos hacia todas las diferencias, marcando lo que se ha dado en llamar un momento autoritario del capitalismo neoliberal, cuya expresión política más inmediata es, sin duda, el trumpismo que sigue atravesando la vida política de Estados Unidos.

Trump fue un fenómeno político que movilizó a las teorías críticas y despertó disputas interpretativas que iluminan aspectos de la relación entre el neoliberalismo y el nuevo autoritarismo a nivel global. El principal desafío para la crítica resulta de la demanda de pensar en tiempo presente la nueva forma del capitalismo post-crisis del 2008, cuando éste no ha asumido hasta el momento una forma política definida y clara. La teoría llega siempre un paso después pero la urgencia de la historia reclama modos de nombrar al presente que terminan siendo siempre provisorios. En efecto, cuando Trump ganó las elecciones, Nancy

Fraser leyó inmediatamente que el fin de la alianza entre el neoliberalismo y el progresismo había dado paso a un populismo de derecha anti-sistema. Pero con el transcurrir del gobierno de Trump reformuló su lectura diagnosticando una crisis de hegemonía de esa alianza que habría dado lugar a este nuevo proyecto hegemónico del neoliberalismo articulado ahora con la derecha cultural.

Entonces, el tiempo es un obstáculo para la nominación pero también lo es el espacio: los fenómenos autoritarios se desparraman por el mundo de distintas maneras y resulta difícil encontrar un nombre capaz de unificar toda esa multiplicidad. Eso se volvía evidente con la coincidencia temporal entre el gobierno de Macri y el de Trump, que compartían objetivos económicos y modulaciones políticas pero resultaban difíciles de caracterizar bajo un mismo nombre. En ese caso, lo que resultaba claro era que había una interpelación autoritaria del gobierno de Macri que convocaba a una violencia social latente en la Argentina y esa interpelación no producía fricciones con los discursos más violentos del presidente de EEUU.

Frente a este escenario nuboso, nos proponemos aquí reconstruir una discusión entre autoras que se dedicaron a interpretar el nuevo fenómeno desde perspectivas críticas del neoliberalismo, asumiendo que este “momento autoritario” no puede pensarse por fuera de las coordenadas históricas del despliegue del proyecto neoliberal. Wendy Brown, Nancy Fraser y Melinda Cooper analizan el autoritarismo neoliberal, la reacción autoritaria a la crisis neoliberal o el neoliberalismo conservador destacando aspectos diferentes del presente. No hay acuerdo sobre si *esto* es una reacción al neoliberalismo, es un momento suyo o es la expresión de su crisis. El objetivo de este trabajo no es entonces definir el nombre que se adecúa mejor con la cosa, sino ordenar los términos de una discusión entre autoras que se leen mutuamente pero no siempre dialogan de modo explícito y, si lo hacen, es con algunos ruidos en las lecturas cruzadas que vale la pena intentar silenciar para escuchar mejor los aportes de cada una para pensar críticamente el tiempo que nos toca.

La pregunta que nos orienta se refiere principalmente al modo de pensar la relación entre el autoritarismo y el neoliberalismo: ¿es una reacción exterior? ¿Le es inherente al neoliberalismo esta dimensión autoritaria que hoy se pone de manifiesto? ¿Hay convergencia entre dos proyectos políticos alternativos? Los textos de Fraser, Cooper y Brown con los que trabajamos nos ayudan a pensar estas preguntas, ofreciendo respuestas que aparentemente se colocan en posiciones contrapuestas pero que se sostienen en diferentes caracterizaciones del autoritarismo contemporáneo, motivadas por diferentes fenómenos históricos e incluso articuladas con diferentes modos de entender el neoliberalismo. Por supuesto que la consecuencia de que el mapa que traza cada una de estas perspectivas sea tan distinto es que cada una piensa las urgencias políticas de la crítica de diverso modo.

Comenzaremos entonces por presentar la forma en que Fraser interpreta al neoliberalismo autoritario, como una reacción a la crisis de hegemonía del neoliberalismo progresista, contraponiendo el modo en el que Cooper reconstruye históricamente una convergencia natural entre el proyecto neoconservador y el neoliberalismo, para luego recomponer, a partir de diversos textos de Brown, una perspectiva que contempla en el gobierno de Trump una relación de inherencia pero también una articulación hegemónica novedosa.

2. Alianza progresista vs. convergencia conservadora: dos focos sobre la historia del neoliberalismo en EEUU

Dos semanas antes de que Donald Trump asumiera como presidente Nancy Fraser publicaba un artículo cuyo título pretendía titular también los siguientes cuatro años de la política norteamericana: “El final del neoliberalismo progresista”. Allí se pensaba el triunfo de Trump en función de aquello que se había roto en esta nueva etapa: la hegemonía neoliberal, caracterizada a partir de la alianza entre el capital financiero y los “nuevos movimientos sociales” (feminismo, multiculturalismo, movimiento LGBTQ). Trump, leído a través de ese prisma, aparecía como emergente de una demanda antiestablishment, principalmente de la clase obrera blanca que se había empobrecido material (por la desindustrialización) y

simbólicamente (por las políticas de reconocimiento hacia las minorías) durante la hegemonía neoliberal-progresista. El autoritarismo (misógino, racista y anti-inmigrante) sería una reacción de ese sector social al establishment neoliberal que venía gobernando en alianza con el progresismo cultural desde Clinton.

Esta hipótesis de Fraser está elaborada a partir del binomio conceptual que está en la base de su perspectiva teórica y que interviene sobre la clásica discusión marxista en torno a la determinación estructural. Nos referimos al par “redistribución y reconocimiento” (Fraser, 2013) a partir del cual pretende construir una concepción bidimensional de la justicia que no relegue la dimensión intersubjetiva del reconocimiento de las identidades a un lugar subsidiario con respecto a la redistribución de los recursos materiales. Desde allí, Fraser leyó que el discurso populista de Trump operaba sobre las fallas en el reconocimiento de la clase obrera blanca asociadas por supuesto a su desplazamiento de la estructura productiva estadounidense. Las promesas de campaña de una reconstrucción de la estructura productiva nacional en el cinturón del óxido cumplían muy bien esa doble función.

434

Sin embargo, con el transcurso del gobierno de Trump Fraser comenzó a diferenciar entre su discurso de campaña populista, interpelando a las víctimas de la desindustrialización neoliberal, y su gestión adaptada a las necesidades del neoliberalismo como orden social institucionalizado:

Las acciones del presidente en el frente distributivo incluyeron una gran dosis de capitalismo de amigos y negocios para usufructo personal. (...) la designación de otro exmiembro de Goldman Sachs en el Tesoro garantiza la continuidad del neoliberalismo allí donde importa que persista (Fraser, 2019, p. 46).

La hipótesis para leer al trumpismo ya no es más la de la implosión de la hegemonía neoliberal que produce reacciones anti-establishment, sino más bien la de una crisis de hegemonía a partir de la cual el neoliberalismo busca tejer nuevas alianzas estratégicas. Del discurso populista anti-establishment Trump conserva la dimensión reaccionaria a las políticas del reconocimiento de la hegemonía neoliberal progresista pero se deshace de las demandas de redistribución. El

resultado es un “neoliberalismo hiper-reaccionario” que no logra constituir un nuevo bloque hegemónico, lo que se habría confirmado, provisoriamente, con la derrota de Trump en las elecciones de 2020.

Entonces, la perspectiva de Fraser sobre el presente del neoliberalismo se construye sobre una interpretación del neoliberalismo como proyecto hegemónico, es decir, como búsqueda de institucionalización de un orden socio-económico y no sólo de un conjunto de políticas económicas, ni tampoco una ideología. A la vez, en tanto proyecto hegemónico no está anclado en una moral propia sino que es capaz de articularse oportunamente con perspectivas valorativas tan distintas como el progresismo cultural que Fraser lee en Obama y Clinton o las posiciones más reaccionarias y discriminatorias de Trump.

Pensar al neoliberalismo como proyecto hegemónico implica atender a su dimensión política, es decir, al modo en el que una serie de alianzas y correlaciones de fuerzas permiten institucionalizarlo. Es esa mirada la que conduce a prestar atención a la dimensión discursiva, donde pueden rastrearse las marcas de los lugares en que el neoliberalismo busca construir nuevas alianzas. Eso explica que, frente a los análisis que focalizan en los intereses económicos del propio Trump y su *holding* empresarial para destacar su continuidad absoluta con el orden neoliberal (Cfr. Sluga), Fraser destaque la tensión entre los discursos de campaña, en donde la redistribución que ella asocia al populismo tenía un lugar central, y la gestión, en donde eso desaparece dejando espacio discursivo para el crecimiento de los trazos autoritarios asociados a las posiciones culturalmente reaccionarias. Dado que las identificaciones políticas que construyen la hegemonía operan en los discursos, es allí donde Fraser pone su atención y es esa la novedad de su perspectiva, determinada entonces por los modos de interpretar al neoliberalismo como proyecto hegemónico. También, y como consecuencia de ese punto de partida epistemológico, el autoritarismo del presente es interpretado como un fenómeno político y estudiado a partir de los discursos de un líder político que busca identificaciones capaces de forjar nuevas alianzas para la supervivencia del neoliberalismo luego de la crisis del 2008 que hizo estallar su hegemonía. En ese

plano discursivo el autoritarismo es fundamentalmente una reacción contra el reconocimiento de las diferencias.

Melinda Cooper publica su libro *Family Values: Between Neoliberalism and the New Social Conservatism* en 2017 y, en el prólogo, sitúa su investigación en una discusión directa con la perspectiva de Fraser. El foco de su crítica está puesto sobre la interpretación de Fraser del rol del feminismo en la hegemonía neoliberal: Cooper no ve una alianza entre las fuerzas progresistas y el neoliberalismo sino que se ocupa de rastrear las articulaciones históricas entre el neoliberalismo y el conservadurismo cultural. Presenta la lectura de Fraser de las críticas del feminismo de la segunda ola a la familia tradicional como funcionales a la flexibilización de la familia fordista y de las estructuras laborales asociadas a ella, como una crítica conservadora que, al añorar esas estructuras perdidas, se queda como un movimiento interior al capital: la oscilación entre la potencia destructiva que implica la subsunción ilimitada de todo al *laissez faire* y la tendencia conservadora de los límites estructurales como condición de la reproducción desigualitaria del capitalismo, tendencia en donde se inscribiría la crítica de Fraser al neoliberalismo. En otras palabras, a Cooper le interesa subrayar que liberalismo económico y conservadurismo político son las dos caras de un mismo movimiento a través del cual el capital se expandió y se consolidó a sí mismo y por lo tanto la crítica no puede construirse desde la añoranza de estructuras tradicionales como las de la familia fordista.

Es claro que Fraser no se identificaría con esa posición de añoranza en donde la lee Cooper ya que su propuesta es, en todo caso, la de un proyecto contrahegemónico en el que la redistribución económica y el reconocimiento político puedan articularse sin subordinar una dimensión a la otra, tal como ella lee que sucedió durante la hegemonía neoliberal progresista. Pero más allá de la discusión sobre el rol del feminismo en el pasado y sobre desde dónde articular la crítica hacia el futuro, hay una interpretación diferente sobre la historia del neoliberalismo en EEUU, una lectura diferente de las alianzas asociada a distintas definiciones de lo neoliberal.

La hipótesis histórica de Cooper es que la alianza que dio lugar a la expansión del neoliberalismo en los años 80 fue con el neoconservadurismo que se articuló como reacción a las luchas del feminismo y los movimientos sociales condensadas simbólicamente en el mayo del 68 francés. Los desafíos a la familia fordista no sólo colaboraron con la desarticulación de las estructuras sociales asociadas al Estado de bienestar que estaba en el proyecto neoliberal sino que también amenazaban el núcleo familiar que, según Cooper se ocupa de rastrear, es tan central para el orden capitalista como para la escuela de pensamiento neoliberal.

Y en esta hipótesis comienzan a traslucirse algunas particularidades de la perspectiva de Cooper que son centrales a la hora de comprender sus diferencias con Fraser. Las alianzas que ella pone en evidencia no sólo son contrarias a las que describe Fraser sino que se trata de articulaciones entre grupos políticos diversos, mientras que Fraser describe las fuerzas que viven al interior del neoliberalismo en tanto proyecto hegemónico. Entonces, si bien Cooper atiende la dimensión de las alianzas políticas, a la hora de pensar el neoliberalismo se lo conceptualiza más bien como una escuela de pensamiento y la asociación entre el neoliberalismo y la necesidad de una reinención de la familia es rastreada en textos de sus representantes teóricos como Friedman, Becker o Buchanan y Wagner. Cooper lee una convergencia entre el neo-conservadurismo y los teóricos neoliberales que buscaban reinventar un modelo familiar que ya no dependa de las estructuras sociales del Estado de bienestar, capaz de desplazar (o atomizar) su responsabilidad por el destino de las poblaciones.

En la crítica neoliberal del Estado de bienestar por parte de la Escuela de Chicago ella rastrea una crítica a lo que las políticas sociales como la AFDC (Aid to Families with Dependant Children) le hicieron a la familia tradicional. Los teóricos neoliberales como Friedman veían que el tejido moral había sido resquebrajado por el Estado –que desplazaba el rol del padre proveedor, incentivaba los divorcios y favorecía las posibilidades para las madres solteras– y era necesario reconstruirlo. En el mismo sentido, el neoconservadurismo se había activado, en los años 70, contra la revolución cultural de la *new left*, defendiendo los valores familiares en crisis. La interpretación de la inflación posterior a la crisis del

petróleo, como efecto de ese mismo Estado social que destruía el tejido moral, fue clave en la articulación entre el proyecto económico neoliberal y el proyecto cultural neoconservador, pero si esto pudo producirse fue porque el neoliberalismo siempre habría tenido una afinidad valorativa con el conservadurismo.

De allí que ella lea una alianza del neoliberalismo con los neo-conservadores y no con el progresismo cultural, y que incluso el gobierno de Clinton sea interpretado como un intento neoliberal de recolocar los valores familiares en el centro de la sociedad norteamericana mientras se avanzaba con la desarticulación del Estado social. Cooper rastrea en la gestión de Clinton los modos en los que sus políticas públicas (del fortalecimiento de la responsabilidad parental de los hombres sobre los hijos hasta la persecución judicial o la promoción explícita del matrimonio) retomaban el proyecto de Reagan de colocar a la familia como la responsable de los destinos individuales, allí donde hasta el momento estaba el Estado social. Incluso esa clave interpretativa le sirve para leer de otro modo ciertos hechos que para Fraser significaban un avance en las políticas de reconocimiento, como la legalización a nivel nacional de la posibilidad del matrimonio homosexual en Estados Unidos en 2015: no se trataría de una mayor libertad, sino de una promoción y un relanzamiento de los valores del matrimonio y de la responsabilización familiar que esos valores traen consigo. En ese sentido, la asociación entre el neoliberalismo y la libertad sexual sería una mala interpretación:

438

En realidad, lo contrario es correcto. Un académico como Richard Posner es inequívocamente hostil a la jurisprudencia de la libertad sexual, por la sencilla razón de que un derecho positivo a la libertad sexual lleva con demasiada facilidad a la conclusión de que el estado no solo debe permitir, sino también proteger y habilitar activamente las libertades en cuestión¹

¹ "In fact, the opposite is true. A scholar such as Richard Posner is unequivocally hostile to the jurisprudence of sexual freedom, for the simple reason that a positive right to sexual liberty leads

Es decir, el Estado debería responsabilizarse por los efectos de esa libertad, y eso es justamente lo que las políticas de Clinton y Obama pretendían deshacer. Allí Cooper no lee una hegemonía neoliberal-progresista sino una convergencia de intereses entre el neoliberalismo económico y el conservadurismo cultural. Efectivamente, el desplazamiento de la perspectiva conduce a una interpretación histórica muy diferente: sin atender a la dimensión de los discursos públicos en donde un proyecto hegemónico pretende articularse, los gobiernos de Clinton y Obama no aparecen como emergentes de la hegemonía neoliberal-progresista sino como manifestaciones de la convergencia entre los intereses y los valores de dos grupos políticamente distintos: los neoconservadores y los neoliberales (identificados como una escuela de pensamiento económico).

Esa diferencia epistemológica sobre cómo piensa cada autora el neoliberalismo determina también el modo en que cada una evalúa su relación con la moral. Atendiendo a las articulaciones estratégicas del neoliberalismo como proyecto hegemónico Fraser asume que se trata de un proyecto intrínsecamente a-moral, capaz de promocionar el progresismo cultural y luego interpelar las posiciones conservadoras e incluso autoritarias representadas en la figura de Trump. Poniendo la mirada en “los neoliberales”, una escuela de pensamiento que se tradujo en determinadas políticas públicas, Cooper rastrea una moral conservadora de los valores familiares. En ese sentido, hay una contraposición clara entre un modo de entender al neoliberalismo como a-moral y antinormativo, y por lo tanto susceptible de aliarse con grupos políticos culturalmente opuestos, y otro modo de entender al neoliberalismo que destaca su afinidad normativa con el proyecto conservador. De esta discusión participa también Brown, desarrollando la perspectiva foucaultiana del neoliberalismo como una nueva normatividad social que, en tanto tal, construye también una nueva moral.

all too easily to the conclusion that the state must not only allow but also actively protect and enable the freedoms in question” (Cooper, 2017, p. 116).

3. *Inherencia y articulación política*

Cuando Brown retoma las clases de Foucault publicadas como *El nacimiento de la biopolítica*, para definir al neoliberalismo como una racionalidad, identifica un aspecto que no estaba en el centro de la consideración foucaultiana: la racionalidad económica también modeliza una moral. Ya desde *Neoliberalism and the end of liberal democracy* (2003) pero centralmente en *Undoing the demos* (2015) Brown estudia la configuración de una normatividad económica que también se configura como una moral que dicta máximas (economizadas) con efectos des-democratizadores sobre las sociedades neoliberales. Pero a la vez, rastrea que esa moral no aparece como un proyecto transformador novedoso sino como una continuidad con el conservadurismo de las estructuras tradicionales que sería funcional a la reproducción neoliberal. De hecho, para Hayek, tanto los mercados como la moral tradicional, en tanto su desarrollo es producto de la evolución natural de las sociedades, deben respetarse porque constituyen y dan un marco a la libertad.

Así, en la base del neoliberalismo estaría este vínculo con el conservadurismo, lo cual podría acercar la postura de Brown a la “convergencia” que ella misma lee en la interpretación de Cooper. En todo caso, se trataría de una convergencia política determinada por un conservadurismo moral que sería inherente al neoliberalismo. Sin embargo en su último libro, donde Trump ocupa el centro en tanto fenómeno histórico que representa la racionalidad neoliberal en el presente, Brown sí se detiene en las alianzas estratégicas del trumpismo como movimiento político (con el evangelismo por ejemplo) y las analiza en función de cierto nihilismo subterráneo que habilita articulaciones políticas dispares en función de la supervivencia del proyecto neoliberal a lo largo del tiempo. De todos modos, Brown no lee un proyecto hegemónico sin moral propia, como Fraser, sino más bien una moralidad neoliberal que está siendo utilizada en la lucha política. Para Brown no es que no haya moralidad en el neoliberalismo, sino que la des-democratización neoliberal habilitó una instrumentalización de la moral en función de la articulación política con los sectores más reaccionarios de la sociedad: se tolera la intolerancia en tanto sea políticamente beneficioso. De ahí

que Brown refiera al “Frankenstein” en el que se transforma el neoliberalismo realmente existente: operando en un momento histórico marcado por el nihilismo, cobra vida propia bajo una forma que los primeros teóricos neoliberales juzgarían como monstruosa.

En ese sentido, cuando decimos que para Wendy Brown existe una relación de inherencia entre el neoliberalismo y las crecientes expresiones de autoritarismo no debe entenderse que, para ella, el neoliberalismo haya sido autoritario desde siempre. No sería correcto deshistorizar el vínculo que ella establece e identificar el núcleo reaccionario de la interpelación de Trump con el conservadurismo valorativo que ella rastrea en la racionalidad neoliberal proyectada por Hayek. De hecho, el neoliberalismo “realmente existente” que describe tuvo efectos muy particulares de acuerdo con el momento histórico específico en el que operó, y que fueron muy diferentes a lo que los primeros teóricos neoliberales podrían haber imaginado o incluso deseado. Así, lo que hoy observamos es una formación novedosa -no reductible a una “vuelta” a los fascismos de 1930-, en la que se desarrollaron elementos des-democratizantes, inherentes a la racionalidad neoliberal y que ya estaban anunciados en los primeros textos de Hayek, pero con medios y efectos de radicalización autoritaria que no estaban contemplados en las intenciones políticas de los textos doctrinarios neoliberales.

441

La particularidad de la lectura de Brown sobre el presente del neoliberalismo autoritario es que entrelaza dos hipótesis que se van corrigiendo mutuamente en sus investigaciones de los últimos años. Desde la erosión que la racionalidad política neoliberal produce sobre las instituciones democráticas trabajada en su ensayo *Neoliberalism and the end of liberal democracy* (2003) Brown avanza hacia el estudio del declive de la soberanías estatales y sus efectos sobre las subjetividades en *Estados amurallados, soberanía en declive* (publicado en 2009 en inglés y traducido en 2010) para, finalmente, elaborar la hipótesis de la progresiva destrucción que el neoliberalismo produce sobre los imaginarios democráticos en *Undoing the demos. Neoliberalism stealth revolution* (publicado en 2015 y traducido al español en 2016). Pero el foco de su análisis en este último texto estaba puesto en el estudio del neoliberalismo como una racionalidad que no sólo pretende

expandirse más allá de la economía colonizando la vida política y el Estado sino también construir y reproducir un tipo de subjetividad, en la cual los valores democráticos son desplazados por la racionalidad de la utilidad económica. La desdemocratización de nuestras sociedades aparece como un efecto del antidemocratismo inherente al proyecto neoliberal de Hayek y von Mises. Recién en el último libro de Brown, *In the Ruins of Neoliberalism. The rise of antidemocratic politics in the West* (2019)², en donde el foco sí está puesto específicamente en la interpretación del fenómeno Trump como síntoma del momento actual del neoliberalismo, se destaca que el autoritarismo que se anuda en esa figura política resulta de una articulación política novedosa y no es sólo el resultado del despliegue de lo que en el neoliberalismo como racionalidad ya estaba en germen: por eso “un Frankenstein” (idea que formuló por primera vez en *Neoliberalism's Frankenstein: Authoritarian Freedom in Twenty-First Century "Democracies"*, 2018)

Esas modificaciones en las hipótesis de Brown sobre el vínculo entre el neoliberalismo y la crisis de las democracias nos convocan a detenernos un poco más para detallar qué es lo que ella estaba analizando en sus diferentes textos. En *Estados amurallados*, se diagnostica un declive de la soberanía de los Estados producto de las tensiones que acarrea la globalización, que se materializa objetivamente en la construcción de muros y subjetivamente en los deseos de muros por parte de poblaciones que exigen cada vez más seguridades. Ambas dimensiones de los muros -la objetiva y la subjetiva- tienen sus elementos autoritarios y efectos violentos, cuya formación Brown busca explicar a partir de su relación de inherencia y mutuo reforzamiento con el neoliberalismo. Concretamente, reflexiona sobre el muro fronterizo entre México y Estados Unidos, sus consecuencias y las discursividades construidas a su alrededor, principalmente aquellas de la derecha que justifican y reclaman la necesidad de su construcción y

² Edición en español: *En las ruinas del neoliberalismo. El ascenso de las políticas antidemocráticas en Occidente* (Tinta Limón, Traficantes de Sueños y Futuro Anterior, 2020). Aquí se trabajó directamente con la versión en inglés, por lo que las traducciones son propias.

que se condensan muy bien en las alocuciones trumpistas de la campaña de 2016, varios años después de la publicación del libro de Brown.

Ya en *Estados amurallados* Brown (2010) define al neoliberalismo como una racionalidad política “que difunde la lógica del mercado en el terreno social y gubernamental, prescribe y avala el capital como aspirante a soberano global” (p. 50) con efectos perjudiciales para la soberanía de los Estados nacionales, así como de inseguridad sobre el sujeto en términos económicos, sociales e identitarios. Los flujos transnacionales de capital, personas, violencias, a la vez que la desterritorialización de múltiples centros de poder lleva a que las fronteras estatales se perciban como cada vez más difusas, y que los ciudadanos, ante un aumento del riesgo y flexibilización en todo sentido, reclamen más seguridades: hay un deseo popular de levantar muros para proteger la identidad tanto nacional como individual que se ven amenazadas. La particularidad del fenómeno radica en que estos muros fallan en cumplir su promesa: no logran mantener fuera a los “otros”, sean gente pobre, trabajadores, o al tráfico de mercancías, y más que proteger a la nación de la violencia externa, la refuerza en sus fronteras. En lo que sí son efectivos es en producir inmigrantes precarios y abaratar la mano de obra, siendo funcionales en términos materiales al neoliberalismo, a la vez que refuerzan las tendencias de debilitamiento de la soberanía estatal que se suponía debían combatir, y de las seguridades individuales.

443

La soberanía que busca teatralizarse en los controles de los muros tiene efectos reales de violencia para con esos “otros” identificados como amenazantes. Asimismo, en el reclamo por mayores seguridades se fomenta y avala el accionar de un estado policial, nacionalista y autoritario, que a su vez se mezcla con las prerrogativas ejercidas por el ejército, la policía e incluso ciudadanos que buscan hacer “justicia por mano propia” y debilitan -nuevamente- la soberanía estatal y la democracia. En la búsqueda por escenificar el orden, se reactiva un nacionalismo xenófobo y violento, se justifica la exclusión y se refuerzan esencialismos: los de afuera son los hostiles y amenazantes, y no se percibe cómo son los propios muros -en un marco de desigualdades globales y relaciones de dominación- los que refuerzan la violencia que se observa en sus fronteras. Además, siguiendo la teoría

de los mecanismos de defensa del sujeto freudiano, Brown identifica parte del origen de esta xenofobia y obsesión con el “extranjero peligroso” en una “única criatura imaginaria” creada a partir de “inmigrantes, narcotraficantes y terroristas, y que representa la contaminación de las fronteras violadas y la desmasculinización de una permeable subjetividad ciudadana nacional e individual” (Brown, 2010, pág. 98). El reclamo por la construcción de defensas físicas vendría ligado a la necesidad de producir defensas psíquicas ante la angustia y las inseguridades económicas, políticas e identitarias que tienen en su base al neoliberalismo.

En *In the Ruins of Neoliberalism. The rise of antidemocratic politics in the West*, como bien indica el título, la preocupación disparadora es la creciente presencia de los movimientos de extrema derecha en el espacio público y en la política, que se ve traducida en un creciente racismo, antisemitismo, odio y belicosidad tanto online como en las calles. Expresión de esto son, entonces, el ascenso de las derechas nacionalistas en Europa, el Brexit y la figura de Trump como presidente de Estados Unidos. Sobre este último se concentra, aludiendo que los análisis hasta el momento han sido no tanto errados como insuficientes, dado que solamente se enfocaron en la extensión en todos los ámbitos de la vida de la racionalidad económica neoliberal, y no contemplaron la producción de una cultura antidemocrática, que a la vez moviliza valores tradicionales (específicamente en asociación con el evangelismo cristiano estadounidense de la *Alliance Defending Freedom*, o ADF) y que justifica expresiones reaccionarias, violentas y autoritarias.

Estas novedosas articulaciones sólo pueden comprenderse a partir de ampliar la definición de neoliberalismo con la que se trabaja. Esto no implica desechar otras formas de definirlo; de allí que Brown rescate y complemente a) la definición foucaultiana de neoliberalismo, entendido como una racionalidad que afecta y orienta hacia el mercado a todas las esferas de la vida, y que, si bien es útil para hacer foco en las producciones de subjetividades no contempla las relaciones de poder articuladas por el capital global; y b) cierto neo-marxismo que le permite no desdeñar la dimensión de las instituciones, políticas y relaciones económicas. Lo novedoso de la perspectiva de Brown es la expansión que realiza: ella incorpora en

su trabajo el aspecto moral del proyecto neoliberal y su articulación política con los sectores más conservadores de la sociedad estadounidense. Con esto último, da un paso más allá de su trabajo en *Undoing the demos*, en donde el neoliberalismo era más bien una racionalidad enfocada exclusivamente a extender la lógica económica a la existencia toda, desde las instituciones democráticas hasta la subjetividad. La diferencia ahora es que, luego de tres décadas de ataque del neoliberalismo a la democracia, la igualdad y la soberanía política y subjetiva, se configuró un escenario social crecientemente nihilista, generando las condiciones para que la moral se convierta en un instrumento de la lucha política y se habiliten alianzas entre, sin ir más lejos, Trump y la mencionada ADF representante del evangelismo cristiano en Estados Unidos. Así se reproduce y expande una racionalidad que ahora aparece como explícitamente reaccionaria y antidemocrática -y no solo por su dimensión economizante.

Brown venía estudiando cómo la expansión de la racionalidad neoliberal implica un desmantelamiento de lo social y de la soberanía popular así como un socavamiento de la capacidad de decisión de los Estados nacionales sobre la vida de sus poblaciones. Este desmantelamiento de lo social del neoliberalismo genera “desde abajo” una cultura antidemocrática asociada a una responsabilización de los individuos y las unidades familiares³, mientras que “desde arriba” legitima formas de poder estatal antidemocráticas: la destrucción y privatización del estado social. Estas dimensiones que se retroalimentan generaron las condiciones de posibilidad para el triunfo de un discurso antidemocrático y reaccionariamente articulado como el de Trump. Entonces, la erosión de lo social que el neoliberalismo produce implica un empeoramiento de la salud democrática porque “si no existe la sociedad, solo individuos y familias orientados por mercados y morales, entonces no hay tal cosa como un poder social generando jerarquías, exclusión y violencia, menos aún subjetividades de acuerdo con clase,

³ En este punto Brown se muestra muy interesada en el trabajo de Cooper destinado a mostrar esa articulación entre el desmantelamiento del Estado social y la revalorización de la familia como responsable de los destinos del individuo.

género o raza" (Brown, 2019, p. 40). De este modo, los reclamos de la izquierda que tienen como base las injusticias que producen los poderes sociales, las diferencias estructurales y las inequidades históricas se quedan sin fundamento y pueden fácilmente ser atacadas a través de articulaciones discursivas que las convierten en "fascistas" o dirigidas "contra la libertad". Para Brown conservar la dimensión de "lo social" es fundamental para proteger el imaginario democrático.

Una defensa de la libertad a-social, como la proyectada por la racionalidad neoliberal, permite que los principios de igualdad e inclusión puedan ser denunciados como "tiránica corrección política": "la exclusión, el patriarcado, la tradición, el nepotismo y la cristiandad son producidos como desafíos legítimos a la inclusión, autonomía e igualdad de derechos" (Brown, 2019, p. 116). La cultura neoliberal de la libertad que desmantela y no considera legítima la dimensión social tiende el camino para atacar a otras personas y grupos: genera las formaciones psíquicas y políticas para la cultura liberal autoritaria hoy. Que la moralidad deje de estar en la esfera de lo privado para pasar a disputar espacios en la esfera pública acaba habilitando el ser racista y misógino abiertamente. Es así como la derecha se sirve de las formulaciones neoliberales de la libertad para reasegurar la hegemonía del hombre blanco cristiano contra cualquier tipo de agenda igualitaria, y no únicamente para consolidar el poder del capital.

La des-democratización neoliberal contribuyó a la constitución de sociedades crecientemente nihilistas en las cuales los valores morales pueden convertirse en un instrumento de las disputas políticas. Apoyándose en la hipótesis nietzscheana de Hans Sluga, Brown sostiene que es precisamente el vaciamiento de los valores tradicionales lo que permite su politización y comercialización por parte de las derechas en una articulación que a priori podría parecer contradictoria. Ya no se trata de los valores conservadores que integran a las sociedades espontáneamente como esperaba Hayek, sino de los valores anti-democráticos convertidos en gritos de batalla de las élites.

Otro de los efectos que tiene el nihilismo, clave para comprender los procesos que estamos describiendo, es la desublimación del deseo de poder. Afirma Brown,

siguiendo a Nietzsche, que el nihilismo devalúa los valores, hace que pierdan su carácter de fundamento de la verdad y, en ese mismo movimiento, se ve debilitada la fuerza con la cual esos valores formaban y ataban la conciencia. Entonces, si la fuerza de conciencia se ve disminuida, se relajan también con ella la culpa, las auto-limitaciones y el odio hacia la propia persona. Más importante aún: el aflojamiento de estas auto-restricciones dismantelan toda censura sobre el deseo de poder y dominación. Ya no se sublima mediante producciones culturales, artísticas o morales sino que la hostilidad pasa a expresarse de manera explícita: la agresión se vuelca hacia afuera y pasa a ser el modo primario de vincularse con los demás. Los valores y estructuras, que antes canalizaban la agresión y deseo de poder de modos favorables para lo social y el vínculo con los otros, ahora pasan a ser los instrumentos de la consumación de un deseo de poder que ya no está censurado. En este punto, Brown retoma la lectura de Sluga quien afirma que todo esto -en el marco neoliberal de “lo social” cada vez más dismantelado y de una preeminencia de la individualidad y el reclamo por las libertades- lleva a la desaparición de la preocupación por los demás. Sin esta preocupación, afirma Sluga, se pierde el fundamento de la sensación de obligación para con los otros: la desublimación del deseo de poder también dismantela la sociedad. Este ya oscuro panorama se complejiza más aún cuando consideramos el efecto que han tenido las luchas (y victorias) progresistas sobre el hombre blanco heterosexual. Dice Brown que “ha perdido su trono”, que ve sus privilegios amenazados y que, como respuesta, están el resentimiento y la venganza, el odio hacia quienes se identifican como culpables de herir la supremacía blanca. Al final de cuentas ha sido la democracia quien causó esa gran herida y hoy, en vistas de los sucesos acaecidos en el Capitolio el 6 de enero de 2021⁴ toma más relevancia aún la afirmación de Brown (2019): “si el hombre blanco no puede ser el dueño de la democracia, entonces no habrá democracia” (p. 180).

⁴ El 6 de enero de 2021 seguidores de Trump ingresaron al Capitolio, desconociendo la derrota de Trump en las últimas elecciones e interrumpiendo así el conteo de votos que oficializaría el triunfo de Biden: <https://cnnspanol.cnn.com/gallery/fotos-manifestantes-pro-trump-rompen-barreras-e-ingresan-al-capitolio/>

Es interesante el aporte que Brown realiza en esta dirección: entender el neoliberalismo no solo desde una perspectiva económica o política (como ella misma menciona que hace en *Undoing the demos*) permite visibilizar la investidura afectiva volcada sobre los privilegios blancos, y cómo estas nuevas subjetividades y formas de la política son en parte el resultado del camino tendido por el neoliberalismo, en un contexto histórico concreto atravesado además por un creciente nihilismo que permite la articulación política con sectores reaccionarios de la sociedad (Brown, 2019, p. 182). Si bien en *Estados amurallados, soberanía en declive* Brown no toma en consideración la dimensión moral del neoliberalismo, los aportes del psicoanálisis la ayudan a pensar los mecanismos psíquicos que operan en estas nuevas subjetividades que el neoliberalismo produce. Así, si en *Estados amurallados* el énfasis está puesto en los efectos subjetivos de inseguridad, en *In the Ruins of Neoliberalism* esa inseguridad parece cuajar como resentimiento y deseo de venganza.

A partir del trabajo con sus producciones puede afirmarse que Wendy Brown encuentra una relación de inherencia entre neoliberalismo y des-democratización social: el despliegue del neoliberalismo implica, necesariamente, la erosión de las democracias, sus instituciones y sus valores. En otras palabras, el neoliberalismo tiene un proyecto antidemocrático, que implica no solo la primacía de la racionalidad económica por sobre la soberanía de los pueblos, sino también una progresiva erosión de los imaginarios y subjetividades democráticas. De esa manera, se fue construyendo un escenario histórico (una sociedad antisocial, una moralidad desanclada de los valores democráticos, una política sin soberanía) en el que se volvió posible la articulación del proyecto neoliberal con las expresiones políticas más violentas y reaccionarias de la sociedad, que a su vez sirven para reforzar las dinámicas neoliberales. De esta manera, el neoliberalismo ya no es solo una racionalidad economizante y anti-democratizante sin sujeto, sino que sobrevive hoy como un proyecto histórico político que depende de su articulación con los sectores políticos más conservadores y las subjetividades más reaccionarias. El neoliberalismo de Trump no es sólo inherentemente anti-democrático, sino también políticamente autoritario.

4. Un mapa de la discusión

Cuando interrogamos a estas tres autoras estadounidenses por el modo en el que ellas interpretan el vínculo entre neoliberalismo y autoritarismo, no puede pasarse por alto que Trump es la imagen que condensa y expresa esa relación en el presente, para cualquiera de ellas. Efectivamente el fenómeno histórico-político que todas terminan intentando pensar es Trump pero no todas comienzan en el mismo momento histórico porque sus interpretaciones están motivadas por diferentes fenómenos concretos de la historia de EEUU.

Si el desarrollo de Fraser está motivado por la emergencia de Trump como figura de ruptura con el neoliberalismo progresista que habría entrado en crisis en el año 2008, lo que se lee en Cooper es un análisis del vínculo entre neoliberalismo y conservadurismo social más extendido en el tiempo, que se presenta como parte de la compleja relación del primero con la crisis de la familia nuclear fordista de mediados del siglo XX. El proyecto normativo compartido entre el conservadurismo social y el neoliberalismo se realiza con Bill Clinton, concretizando lo que en el republicanismo de Reagan era un proyecto. La disolución del programa AFDC marca el fin del estado westfaliano y su reemplazo por el programa de Asistencia Temporal para Familias Necesitadas (TANF en inglés) como un aparato de vigilancia sobre los pobres de carácter netamente político y ya no meramente redistributivo. En el análisis de Cooper, Trump es el punto de llegada de una convergencia de intereses que ella rastrea desde mucho tiempo atrás.

Por su parte, Brown viene estudiando desde comienzos de la década del 2000 los efectos destructivos que la racionalidad neoliberal tiene sobre la vida democrática. Su interpretación no emerge motivada ni por la emergencia de Trump post crisis del 2008, ni por el vigor de los valores familiaristas en la era Clinton-Obama, sino en relación a otro fenómeno político asociado al neoliberalismo a nivel global: la crisis del Estado-nación como instancia de garantía de los consensos democráticos de los pueblos. En el recorrido a través de los textos de la autora en los últimos

años se deja entrever que la inseguridad subjetiva y la erosión de los imaginarios democráticos que la expansión de la racionalidad neoliberal produjo, sentaron las bases para la articulación entre el neoliberalismo y un nihilismo autoritario, que no se corresponde con el rol que Hayek veía en el tradicionalismo conservador como fundamento del orden social.

Son diferentes fenómenos los que disparan la reflexión de cada una de las autoras en torno al vínculo entre el autoritarismo y el proyecto neoliberal, aunque para todas la llegada de Trump a la Casa Blanca sea la condensación de ese vínculo. Desde puntos de partida disímiles, las tres perspectivas construyen diferentes temporalidades para el análisis del presente: mientras que Fraser se concentra en la crisis del 2008 como condición de posibilidad para la emergencia de la figura autoritaria de Trump, Cooper hunde la mirada en la reacción conservadora a la crisis de la familia fordista que se expande en los años 80 y Brown observa un proceso de desdemocratización como efecto del neoliberalismo globalizado de los 90. De esta manera, las tres temporalidades se corresponden con tres modos de identificación del objeto de estudio: el autoritarismo como crisis de la hegemonía neoliberal progresista, el autoritarismo como expresión de la alianza histórica entre el neoliberalismo y conservadurismo social y el autoritarismo como efecto político de la erosión progresiva del neoliberalismo sobre las democracias. Neoliberalismo reaccionario, neoliberalismo conservador y neoliberalismo desdemocratizante no son nombres incompatibles entre sí. Estos pueden articularse como distintas caras de un fenómeno multifacético que podríamos decir: resulta de años de socavamiento neoliberal de la soberanía y la autonomía que implicaron también la erosión progresiva de los imaginarios democráticos (Brown); está posibilitado por un conservadurismo cultural que siempre fue afín a los proyectos neoliberales (Cooper); y termina de estallar luego de que la crisis del 2008 desterró la cara progresista del neoliberalismo en EEUU (Fraser). En otros términos, si queremos comprender el vínculo entre neoliberalismo y autoritarismo que se expresa en Trump como fenómeno político-ideológico deben considerarse los efectos ideológicos de la crisis del 2008, la relación histórica entre conservadurismo cultural y las escuelas económicas neoliberales, y los efectos

políticos e ideológicos des-democratizadores de la expansión de la racionalidad neoliberal sobre el Estado y las subjetividades, que generaron las condiciones de posibilidad para la articulación del neoliberalismo con los sectores más reaccionarios de la sociedad norteamericana.

Si proyectamos la pregunta hacia la perspectiva epistemológica, para una interpretación crítica del momento autoritario del neoliberalismo más allá del fenómeno Trump, sería posible distinguir tres niveles de análisis que habría que considerar: el nivel del proyecto hegemónico, que pone en evidencia la transformación de las correlaciones de fuerzas sociales que explican la coyuntura; el nivel de la genealogía de las fuerzas políticas en pugna, que rastrea intereses y valores compartidos o en tensión entre los actores; y el nivel de los efectos sociales y subjetivos de una racionalidad que genera las condiciones de posibilidad para las alianzas analizadas en los otros dos niveles. Una perspectiva crítica del neoliberalismo autoritario debería poder pensar la complejidad de un vínculo determinado por estos diferentes niveles y no elegir uno sólo.

451

¿Cómo se cita este artículo?

WEGELIN, L., ALQUEZAR, M.B. (2021). Hacia una epistemología crítica del neoliberalismo autoritario: N. Fraser, M. Cooper y W. Brown en discusión. *Argumentos. Revista de crítica social*, 24, 430-452. [link]

Bibliografía

Brown, W. (2003). Neoliberalism and the end of liberal democracy. *Theory & Event*, 7(1). [https:// doi:10.1353/tae.2003.0020](https://doi:10.1353/tae.2003.0020)

Brown, W. (2010). *Estados amurallados, soberanía en declive*. Titivillus.

Brown, W. (2015). *Undoing the Demos: Neoliberalism's Stealth Revolution*. Zone Books

Brown, W. (2016). *El pueblo sin atributos: La secreta revolución del neoliberalismo*. Malpaso.

Brown, W. (2018). Neoliberalism's Frankenstein: Authoritarian Freedom in Twenty-First Century "Democracies". *Critical Times*, 1(1), 60-79. [https://doi: 10.1215/26410478-1.1.60](https://doi.org/10.1215/26410478-1.1.60)

Brown, W. (2019). *In the Ruins of Neoliberalism. The rise of antidemocratic politics in the West*. Columbia University Press.

Brown, W. (2020). *En las ruinas del neoliberalismo. El ascenso de las políticas antidemocráticas en Occidente*. Tinta Limón, Traficantes de Sueños y Futuro Anterior.

Cooper, M. (2017). *Family Values: Between Neoliberalism and the New Social Conservatism*. Zone Books.

Fraser, N. (2013). *Fortunes of Feminism: From State-Managed Capitalism to Neoliberal Crisis*. Verso.

Fraser, N. (2019). *¡Contrahegemonía ya! Por un populismo progresista que enfrente al neoliberalismo*. Siglo Veintiuno.

Sluga, H. (marzo de 2017). *Donald Trump: Between populist rhetoric and plutocratic rule*. Program in Critical Theory at UC Berkeley. <http://www.truthandpower.com/donald-trump-between-populist-rhetoric-and-plutocratic-rule/>